

De giras y conciertos

(memorias)

I.

Vamos a hacer las cosas
con un gusto tremendo;
con un gusto delicadísimo
que venga del río y vaya,
flotando, hasta el camino.
Como los pechos de la novia,
redondos y caídos, será el ritmo y
la melodía; como la curva
de un acantilado, la armonía: ¡libre!
Un matiz verde, rojo, amarillo,
naranja y violeta, va a tener
el dominio de la arena.
Sobre la carretera, en una cuneta,
nos echaremos la siesta
con las guitarras eléctricas,
las guitarras acústicas
y las que son de madera.
(Vencerá la voz, el amor,
la letra y la falda
de la chica que está buena).
¡Fortuna!, guíanos en la tarea;
con ternura, ideas
y buenas intenciones
del cenit, del nadir y de la estrella.

II.

En los escenarios,
llevaré chupas de seda,
de cuero, borrego o terciopelo;
pantalones estrechos
o marcando el pecho
con una camisa de seda luminosa.
El guitarrista llevará una larga

cortina: como capa de fibra;
y le sobrarán los dedos
para hacer sus virguerías.

El bajista, lento, llevará una cinta
en su pelo negro; luego, hacia abajo,
hacia su idea de bordón,
su idea rítmica.

El batería atrás, con la rebeca
marrón y collares de plata sobre el cuello,
por las muñecas y por las pantorrillas.
Los demás: Saxofonista, acordeonista
y percusionista, irán vestidos con trajes
de elegante refinería.

III.

La gira comenzará en China.
Después irá a Santiago, a Japón y al sur de India.
Después a Canadá, concretamente a Toronto,
EEUU y Rumania.
Lo importante es que vendrá
hasta Europa, desde allá, desde Algeciras.
(Por esas zonas se puede empezar mejor.
No hay tal presión y los placeres,
son de otra condición. Eso es importante,
por no caer en la contradicción de: Sí
al dinero, no al amor ni al cielo).

IV.

Me visto de arlequín
con una capa larga y unos tacones
de botas de Bradomín.
Salgo a escena saltando, parado o quieto,
sobre un fondo oscuro; no veo
al público -gritando entusiasmado-
la canción de “Ana María”.
Después me paro, retrocedo un paso, avanzo otro, con un pie quieto y el
otro: 1, 2, / 1, 2, 3, 4; cuatro compases y empiezo. Retumba el cielo. El
sonido es perfecto, la ecualización... La segunda guitarra comienza a
seguirme... Entonces, la batería arranca con el bombo; marca el sentido y

el ritmo del tema. (Todo ruge). Los vatios infernales reclaman la noche suya, cuando el sol, poco a poco, se va escondiendo.

V.

He salido un momento al camerino, a beber agua. Hago dos movimientos de cuello, a derecha e izquierda. Luego me refresco con una toalla mojada... Vuelvo a salir, me esperan. En el horizonte ancho, al final del último peldaño del estadio, surge la luna blanca, casi redonda del todo; le faltan dos días solamente. Señalo con mis dedos: -“Mirad, la luna”, digo. Es inmensamente blanca. Piedra de marfil que flota en el inmenso espacio del cielo. El batería redobla el ritmo, lo agiliza. El guitarrista empieza un solo melódico y el bajo le acompaña; yo, subo los brazos al cielo y doy palmas. El público me sigue. Hay jaleo, gritos, ¡jubileo!

VI.

Se apagan los focos de arriba y se corre el telón, hacia adentro. La escena queda abierta y a oscuras. Sólo vemos nosotros, próximos, desde una de las esquinas y entre bastidores, los instrumentos apoyados, mudos, esperando ser acordados.

Salgo. La luz se abre desde el centro, arriba; blanca, lentamente... Saludo: aplausos. Kit coge la guitarra y empieza a tocar; el bajista le coge enseguida -tras unos compases- luego el batería. Yo doy un brinco, agarro el micrófono y me pongo a entonar una balada. Es un momento álgido, entrañable; después de tanto tiempo: Un par de años. (El público está en silencio absoluto, durante un buen rato; incluso cuando terminó la canción. Luego arranca en un aplauso grande).

VII.

Otro concierto lo esperamos ansiosamente. Era verano. Hacía calor. El lugar era abierto, un inmenso pueblo. Allí había, en la explanada, más de cuatro mil personas; todas impacientes, calurosas, esperando a que cantara. Habían oído hablar de mí, de mi apellido, era curioso. El concierto encantó. Sobre todo a los de mediana edad. Nos reímos. Hablamos de, ¿la pureza del vivir?, ¿los buenos sentimientos? Era sábado y había que estar bien, disfrutar, avanzar al ritmo de la música y los tambores. Por cierto, el percusionista era de Madagascar.

VIII.

Había muchas palmeras, vértices de césped, jardines adornados. Me instalaron un púlpito de madera de pino. Era un estrado largo, aunque estrecho. Sólo cabíamos yo y una silla, aunque tenía espacio recto para ir de un lado a otro. El contorno era amplio.

Salí vestido con zapatos negros y camisa blanca, amplia. Di un espectáculo de canciones viejas. La gente, que tomaba abajo pisco, estaba disfrutando. Yo alzaba las manos -como sé- curvando el brazo para lanzar después, con un movimiento rápido, la mano.

La primera canción que interpreté: “La voz con Son” y la última, “Lisboa”... Luego bajé del estrado y probé el aperitivo: Jamón, lomo y queso... (Me bebí también una copa de champaña frío).

IX.

Otra vez canté en un frontón. El pueblo estaba en la provincia de Orense. Era un paraje abierto, cerrado al final por unos montes violetas y verdes. Colgaron la amplificación sobre el muro del frontón, en un saliente de piedra. Quedaba tosco pero se oía bien. Retumbaba en toda la plaza y en el valle. Me acompañaba una orquesta de pueblo: con bombo, trompeta, saxofón, clarinete y tuba... Danzaban al ritmo de vals y pasodoble. (Quedó muy bien). Ellos con traje blanco y rojo, yo de azul marino. Al final sirvieron raciones de oreja y vino en jarras de barro. Las niñas gallegas me tiraban de la chaqueta y me pedían autógrafos que firmaba en las palmas de sus manos.

X.

Le llamaban el Tigre. Fue mi primer manager. Era un poco truhán pero me hizo ganar mucho dinero. Tenía la mirada verde amarilla. Profundas y colocadas pestañas. Me miraba y me decía a mí y a Osa: -¡Eh, venga, hombre!, esto da dinero, veréis. Enseguida nos pusimos a la tarea. Le conocimos en una piscina y a los pocos meses, ya habíamos intimado lo suficiente para saber que ganaríamos dinero con la promoción. El tenía muchos contactos en la televisión, la radio y la prensa de la región. Para movernos por ahí, era lo suficiente. Kit y yo le dijimos todo a cerca de la estética y puesta en escena. Al final, salió bien la cosa y triunfamos a nuestra manera. Dos años y tres meses exactamente fue lo que duramos. Rompimos bien. El se marchó diciendo: “Ciao”. Yo le dije: “Nos vemos, Tigre.”

XI.

Mi guitarra se llamaba *corazón*. El nombre lo había puesto por simbiosis. La guitarra -que se parece a un corazón- palpita y resuena siempre que se despierta con los dedos tenaces y persistentes. Mi padre le había puesto, justo en el centro, debajo de la última cuerda, un trozo de madera (un parche al corazón), para no casarla al golpearla con las uñas.

Corazón me acompañaba a todas partes. Era una guitarra fiel. Nunca la perdí. Siempre la llevaba conmigo. (De ella grata memoria guardo).

Su caja era negra, gastada por el tiempo. A veces me creaba uno que otro problema: Se desprendían los tornillos que la sujetaban y tenía que volver a atornillarlos, una vez y otra vez; si no, podría desprenderse alguno de sus vértices, abrirse la funda y caerse la guitarra al suelo mientras paseaba.

Una vez, una novieta se sentó en la caja, con rabia; casi la parte... Pero la caja resistió y ahí está, protegiendo mi guitarra.

XII.

En una grabación estuvimos todos. Un grupo de gente mandaba en las máquinas. Estaban Kit, Jonny y Gabi. Luego vinieron los demás: Gago, Miguel, Rony, Jesús y yo. Lo pasábamos muy bien; nadie nos molestaba en aquella cabaña de madera, hecha a conciencia para quedar así: Como un estudio de grabación. Los días pasaban tranquilos y seguros, con una parsimonia poco habitual en nuestras vidas mundanas. Estábamos muy, muy concentrados en el trabajo. Grabábamos *Lisboa*, *Vendrán tiempos más largos*, *La Madame*, *El verdor* y *Amberes*. Éramos un buen equipo y todo salió con una calidad alta. *Amberes* fue el último tema que grabamos. Pedimos una pequeña orquesta, un quinteto: Viola, violín, chelo, clarinete y contrabajo. Kit y Jonny tenían la partitura, medida, encuadrada para la letra. Estábamos muy concentrados. El bosque, la naturaleza perdida nos mantenía en una dosis de trabajo y seguridad muy alta. Además, mi mujer y la de Kit cocinaban para nosotros.

XIII.

Otra vez me pusieron encima de un remolque de tractor. Allí también instalaron al bandurrista Adolfo Díaz. ¡Qué bueno...! En frente, un muro. Se oía muy bien y gustó bastante. Hacía una noche destemplada de agosto en aquel pueblo perdido de la estepa. Cantar encima de un remolque, ¡era bueno!

XIV.

Luego venían las despedidas en los aeropuertos, estaciones de tren, autobuses... Despedidas gloriosas, paulatinamente tristes a medida que se iba acercando la hora de partida. Unas veces era yo el que me iba, otras veces los demás. Volvíamos cabizbajos y pensativos a casa, después de haber dejado al “amigo sincero”, en medio del camino de la vida.

XV.

Una vez, en Madrid, el *oriental* y yo -el *oriental* llamaba yo a ese argentino único en su especie (tanguista, guitarrista y soñador maravilloso)- nos encerramos para tocar y componer, una semana entera, entre piscina y casa *de fuentes*. No paramos de compartir *a dos guitarras*: Sambas, tangos, boleros, milongas... también canciones de él y mías; a mí me llamaba él “el morocho” (que es como apodaban de muy joven a Carlos Gardel); yo a él, “el oriental”. Teníamos tres guitarras, de nombre “corazón”, “juanito” y “malagueña”. Hicimos un bonito dúo. Oscar Acebrás tenía el gran duende de la armonía en la guitarra: Gama espléndida de acordes que uno pudiera soñar... Además de ser un fino bailarín de tangos. Su querida era inglesa y sus amantes y mujer, argentinas. Recorrimos Europa cantando tangos: fue mi gran compañero guitarrista. Yo contaba con treinta y seis años y él con sesenta. Filósofos también, poetas de lo místico para no llegar a ser, o santos o bandidos. Oscar Acebrás llevaba, dentro de una estirpe sureña, el lenguaje hispano más barroco pero sutil: Fina ironía vivencial, alquimia de oro de la palabra culta. Su alma (la de su abuelo), era de Lugo.

XVI.

Historias de dinero

Una de las cosas que más sorprendía era la forma de cobrar los conciertos. En los lugares pequeños casi todo el dinero venía de corporaciones, agrupaciones de festejos, asociaciones o ayuntamientos... Era todo dinero *en negro*, dinero subversivo. Unas veces aparecía desde una cajita posada en una estantería del bar del pueblo; otras veces llegaba desde el bolsillo de algún pantalón o de alguna chaqueta negra colgada en alguna percha. Una mujer una vez se lo sacó de debajo del sostén; otro, una vez de debajo del calcetín; otro de un zurrón y otro de debajo de un tonel de vino... El dinero era como un manojo de especias, fardos o bultos a lo que no dábamos mucha importancia después del éxtasis del concierto. Me acuerdo del olor de esos billetes... Unos olían a arenque, otros a cordero, otros a sardinas;

grasientos y casi pegados, manoseados por la mano de patronos de festejos o presidentes de asociaciones, que acababan de terminar de hacer la parrillada de pescado o carne para el populacho. Dinero en billetes que como láminas de oro nos metíamos, inmediatamente, en el bolsillo de la culera del pantalón. Recuerdo también aquel primer periodo de cambio de pesetas a euros, los tesoreros se confundían y a veces nos daban (en euros), algo más de la cantidad pactada. (Yo me callaba y me lo metía para el bolsillo).

FIN